

EN MEMORIA DEL DOCTOR R. SAN RICART

POR EL

DR. L. RIBÓ RÍUS

MÉDICO-CIRUJANO DEL HOSPITAL DE SAN JUAN DE DIOS

BARCELONA

Excelentísimos e ilustrísimos señores; señoras y señores:

SÉAME permitido, ante todo, manifestar mi sincero agradecimiento a nuestro presidente, el ilustre doctor José M.^a Vilardell, por haberme encargado de esta sesión necrológica, interpretando los sentimientos de amistad y reconocimiento que me enlazaban con el ilustre fallecido y primer presidente de esta Asociación de Cirugía Ortopédica y Traumatología de Barcelona, el doctor Ramón San Ricart, dándome así ocasión para ofrendarle este pequeño recuerdo en el marco de nuestra Academia, por cuyo enaltecimiento tanto se preocupó.

Al propio tiempo, y aunque sea un inciso al margen de esta sesión, rogamus al doctor Vilardell que acepte nuestra felicitación, que lo será también de la Junta directiva y a buen seguro de todos los miembros de la Asociación, por la recompensa que recientemente le ha sido otorgada, cuando al recibir de manos del señor Arzobispo-Obispo de Barcelona la Orden de la Encomienda y Placa de Sanidad Civil, le ha sido reconocida públicamente su obra científica y social en los ámbitos de nuestra especialidad. Al hacerlo así, creemos interpretar lo que hubiese sido deseo también de nuestro llorado presidente doctor San Ricart, que si bien se deleitaba en sus triunfos y recompensas, se congratulaba en publicar y proclamar los de sus compañeros.

La muerte, que según el pensar de los incrédulos no puede ser otra cosa que corrupción y miseria, tiene el singular privilegio de despertar en nosotros el instinto de inmortalidad, que no podemos desarraigir del corazón porque forma parte integrante de nuestra naturaleza. Es la hora de la muerte —como dice el gran Obispo Torres y Bages— la hora de los grandes contrastes: cuando el cuerpo sin vida es conducido al sepulcro, surge con más fuerza que nunca en el ánimo del hombre la idea de la inmortalidad; por esto al fallecido, allegados y amigos, le pagan su tributo, prueba precisamente de que no es muerto, porque a la nada no se le pagan tributos, pero sí al espíritu; y es entonces cuando la Patria se esmera en glorificar a los hijos ilustres, y las entidades o agru-

paciones humanas, del orden que sean, se congregan para enaltecer la figura de aquel amigo o compañero, para inmortalizar de una manera humana, claro está, su vida y su obra. Esta finalidad es la que nos congrega aquí hoy, en esta docta Academia, honrando como buenos compañeros la memoria del ilustre doctor San Ricart, coronando su retrato biográfico con el recuerdo de sus procechosas gestas científicas y sociales.

Nació San Ricart en la ciudad de Vich, el 2 de febrero de 1882, cursando sus estudios secundarios en dicha ciudad y después en Barcelona. Sintiendo la vocación médica, cursó la carrera en nuestra Facultad, terminándola brillantemente con la calificación de sobresaliente y premio extraordinario en la promoción del 1906 al 1907. Al poco tiempo fué nombrado médico-ayudante en la clínica privada del doctor Salvador Cardenal. Buen comienzo y buena situación estratégica para quien, como él, sentía la vocación quirúrgica. No tardó mucho en ganar la plaza de ayudante auxiliar interino en la cátedra de Terapéutica, dándose a conocer ventajosamente por sus lecciones prácticas, avaloradas por trabajos de vivisección. Ello le granjeó particular afecto y amistad con el inolvidable doctor Valentín Carulla, entre cuya clientela se contaba lo más selecto y lo más importante de nuestra ciudad. Me decía San Ricart lo mucho que había aprendido junto al Marqués de Carulla y siempre encomiaba sus excelentes dotes de hombre público, bien demostradas en el terreno de la Enseñanza Primaria, pues durante su mandato como rector del Distrito Universitario de Cataluña se crearon múltiples escuelas rurales y los centros de enseñanza mejoraron notablemente.

Formado el doctor San Ricart en las enseñanzas de aquellos maestros barceloneses que fueron los Robert, Esquedo, Fargas, Cardenal y otros, adquirió una sólida base clínica que mucho le sirvió para captar más adelante los crecientes progresos de la medicina y de cirugía. Tanto en el tiempo de sus estudios como después de terminados, nuestro biografiado se sometió a una disciplina muy severa, y al mismo tiempo que se procuraba el sustento material, se perfeccionaba en la profesión, destacándose por sus aficiones experimentales y por el empeño que ponía en dominar las principales lenguas científicas: francés, inglés, alemán e italiano. Como se comprende, tales cualidades fueron apreciadas y bien aquilatadas por sus maestros, Cardenal y Carulla, que al correr de los tiempos le apadrinaron, por así decirlo, en las primeras lides profesionales y contribuyeron no poco a formar su clientela. No regateaba ocasión San Ricart para así reconocerlo. Una dilatada experiencia médico-quirúrgica fueron los resultados de aquella asidua y leal colaboración, distinguiéndose en particular en el campo de la cirugía ginecológica, que tan maravillosamente dominaba don Salvador Cardenal. En el primer Congreso de la Tuberculosis del año 1910, figuró como secretario de la Sección de Cirugía, y es que sus preferencias ya se inclinaban hacia el campo de la Cirugía Ortopédica, estimulado y aconsejado por Cardenal, que en su amplia visión adivinaba la importancia que tomaría esta rama de la Cirugía general, dado el progreso industrial y la difusión de los medios de transporte. En el mismo año contribuyó a la fundación de la revista «Terapia», siendo nombrado secretario de redacción. En el mencionado Congreso presentó casos tratados por las inyecciones de Calot, de tanta fama en Francia, y que él fué uno de los primeros en divulgar entre nosotros. Además, su situación de profesor adscrito a los Departamentos de Terapia Física del nuevo Hospital Clínico, donde daba lecciones prácticas, imprimían un sello personal a sus trabajos, algunos de verdadera originalidad. Ya en el año 1908 había em-

prendido un viaje científico al extranjero visitando las clínicas de Kocher y Sahli, de Berna; en Munich, las de Döderlein y Rieder; en Heidelberg, las de Czerny y Vulpius; en Bonn, las de Garré y Krause, y en París, las de Tuffier y Robin. En 1912, acompañando al doctor Carulla, hizo un segundo viaje científico para asistir al VII Congreso Internacional de Electrología y Radiología, celebrado en Praga.

Pero, como decíamos anteriormente, nuestro ilustre desaparecido sentía particular preferencia por los problemas de la cirugía del aparato locomotor; la Cirugía Ortopédica daba sus balbuceos en la Europa de los años que precedieron a la primera guerra mundial, y San Ricart no cejó hasta comprobar y estudiar de cerca los avances de esta nueva rama de la cirugía, y para ello no escatimó medio alguno, entregándose a unas prolongadas ausencias para residir en las clínicas de Vulpius, de Heidelberg; Lorenz, de Viena; Biesalsky, de Berlín; Ménard y Calot, de Berg-Plage, y el célebre profesor Ombrédanne, de París, considerado como uno de los grandes valores en la Ortopedia infantil.

Unos años después, la Junta de ampliación de estudios de Madrid, reconociendo sus trabajos de investigación, le concedió en 1915 una beca en el Instituto Rockefeller, de Nueva York, para cirugía experimental y clínica. Una vez en aquel país, con su fiebre de trabajo y sus inagotables recursos, adquirió mayores vuelos la labor científica del doctor San Ricart. Son interesantes sus trabajos de histopatología y de biología experimental allí realizados, donde además tuvo la suerte de conocer al gran cirujano e investigador Alexis Carrel; estos trabajos no le impidieron ver de cerca los campos de actividad profesional y científica en las demás ramas de la medicina de la América del Norte. En Nueva York, los estudios de Noguchi y Flexner le llevaban a contemplar los experimentos referentes a la vitalidad de las células con las técnicas que empleaban Losse y Markok en la Maternidad de dicha ciudad.

Al mismo tiempo su decidida vocación de cirujano le impulsaba a entrevistarse y a trabajar con las grandes figuras quirúrgicas de la República norteamericana, y así trababa conocimientos con Murphy y Keen en Havard, cultivaba la amistad de Crile, en Cleveland, y seguía de cerca los grandes progresos de la cirugía ortopédica en manos tan expertas como las de Hibbs y Albee. Además, en Rochester, los célebres hermanos Guillermo y Carlos Mayo no sólo lo admitieron gustosos en su mundialmente famoso Hospital de Santa María, sino que también le brindaron su amistad personal. Había en estos actos no sólo el reconocimiento al estudioso investigador ibérico, sino también el debido homenaje a la ciencia española, ya que el joven doctor San Ricart, con su paciencia y constantes esfuerzos, rehabilitaba nuestra patria de la leyenda negra con la cual nuestros enemigos tradicionales de siempre difamaban a España. A su regreso, cosechó, como era lógico, nuevos triunfos y su personalidad de cirujano se destacaba con mayor relieve. Funda una clínica particular, donde bien puede decirse que se practicaron las primeras grandes intervenciones ortopédicas, no sólo de Barcelona, sino de España. La Academia de Ciencias Médicas de Bilbao le concede el diploma de miembro honorario, y una actividad tan intensa no le impide dedicar algunas horas a la publicación de obras, traduciendo en colaboración con los doctores Tous y Ruiz Contreras la obra alemana de Krause y Garré. Al mismo tiempo, y como fruto de sus estancias en los Estados Unidos, daba a luz diversos trabajos sobre temas, en España tan nuevos entonces como interesantes: Trasplatación de fascias en los vasos arteriales, trasplataciones de tubos de fascias como sustitutivos de arterias. Trabajos que en su tiempo fueron debida-

mente avalados en los medios científicos, y sobra decir le valieron merecida fama. Como hemos dicho antes, el dominio de las principales lenguas europeas le daba gran ventaja para recoger de las fuentes bibliográficas los primeros frutos y saborearlos, por así decirlo, con todo su frescor.

Nuevamente emprende otros viajes, afición que, de otra parte, nunca abandonará ya en vida, trasladándose a Inglaterra en compañía de la misión médico-española para asistir al Congreso de Médicos ingleses que en 1924 se reunían en Bradford, siendo objeto de muy preciadas distinciones y teniendo ocasión de entrevistarse con sus antiguas amistades norteamericanas. Alexis Carrel y Rodolfo Matas, entre otros.

Todos estos éxitos (nos hallamos en el año 1924) tienen su culminación al ser nombrado cirujano-jefe del Hospital Infantil de Nazareth, en Pedralbes, para cuya relación transcribiremos algunos conceptos debidos a la pluma de aquel gran caballero y prestigioso médico militar, el general don Francisco Soler Garde, que tan buenos recuerdos dejó en Barcelona y a quienes le conocimos.

Decía dicho médico, refiriéndose al Hospital de Nazareth: «Merced a las virtudes, modestia y delicadeza de unas distinguidas damas barcelonesas, cuenta hoy nuestra ciudad no con un Hospital más, en el sentido triste y mísero que esta palabra suele tener entre nosotros, sino con un suntuoso y artístico palacio para niños enfermos pobres, afectos de deformidades congénitas, tuberculosis ósea, parálisis infantil, comprendidos entre los primeros meses de la vida hasta la edad de los seis años. Aquellas damas quisieron ejercer la caridad calladamente, rehuendo el público aplauso que sus buenas obras merecían; pero todo el mundo sabía que las señoritas de Godó habían tenido la iniciativa y el mecenazgo de tal institución, modélica en su género por la pulcritud, esmero y valía de sus instalaciones y servicios, por la perfecta y muy científica disposición de sus salas y quirófanos, así como la gran profusión de terrazas y galerías donde la cura de sol y aire se aplican en las mejores condiciones. Además, anexo al Hospital hay otro edificio dedicado a Escuelas, donde se siguen con gran éxito los métodos pedagógicos intuitivos del P. Manjón de Granada.» Y el general Soler terminaba con estas palabras al ensalzar la benemérita obra: «A tantos egoístas, a tantos opulentos que despilfarran sus haciendas en caprichos y sensualidades, les mostraría yo el bello ejemplo del Hospital Infantil y de las Escuelas de Pedralbes, para promover su voluntad hacia el bien, y les diría las muchas y análogas empresas que todavía pueden acometerse en nuestra patria, y a las que cada cual puede contribuir en la medida de sus fuerzas, aspirando a los ideales tan bien realizados en el Hospital y Escuelas de Pedralbes, que no sabría sintetizar mejor que repitiendo el proverbio evangélico que dice: "donde hay caridad y amor, allí está Dios".»

Recuerdo haber visitado este magnífico Hospital en el año 1927, y a pesar de estar todavía bajo la impresión de las espléndidas clínicas ortopédicas de Alemania y Suiza, jamás olvidaré la imborrable impresión recibida acrecentada al considerar que todo aquello tan bello y tan útil era resultado de la caridad privada. Y allí conocimos a San Ricart, quien teniendo de colaborador al prestigioso internista doctor Agustín García-Dic, estaba en pleno auge de rendimiento científico y profesional. Y en aquel recinto modélico desfilaron figuras de gran relieve en la especialidad: Albee, Rocher de Burdeos, Ugo Camera, entre otras, que atraídas por la simpatía personal y los méritos de San Ricart, enaltecían con su presencia el ambiente quirúrgico de nuestra ciudad. Empezaba por aquel entonces nuestro biografiado a coleccionar films científicos y bien puede decirse

que fué él uno de los primeros que en España se preocuparon de este eficaz método de enseñanza y divulgación. San Ricart aplicaba cuanto había aprendido y experimentado en las escuelas de Norteamérica y Alemania sobre las trasplantaciones tendinosas y musculares, y debe reconocerse que en Barcelona, junto a otro ilustre cirujano ortopédico de venerada memoria, el doctor Riba de Sanz, fué uno de los que más se dedicaron a estas técnicas, entonces completamente modernas entre nosotros, perfeccionándolas con aportaciones propias.

Los continuos avances de la especialidad, particularmente notables después de la primera guerra mundial, así como la creación en muchos países de Europa y América de cátedras de Cirugía Ortopédica y Traumatología, impelen a crear un organismo internacional que presida las diversas sociedades y asociaciones dedicadas a la misma finalidad quirúrgica del aparato locomotor, y es en el año 1929 cuando en París, el día 10 de octubre, queda fundada «La Société Internationale de Chirurgie Orthopédique et Traumatologie», y a todo ello, dada la actividad, dinamismo y simpatía internacional, no podía faltar San Ricart, hasta el punto que su colaboración en los trabajos preparatorios para la organización de la sociedad fué tan valiosa y eficaz, que se le nombró miembro fundador y vicepresidente en continuas reuniones, y por encima de todo pudo vanagloriarse de ser nombrado Delegado perpetuo de España. Ya nunca más abandonó esta tarea y es de justicia reconocer que cuantos ingresamos en aquellos primeros años, cuando todavía en España no excederían de tres o cuatro el número de miembros internacionales, es de justicia reconocer, digo, que se lo debemos a él; se congratulaba de poder ofrecer esta ocasión, que no deja de ser un mérito bien honroso para el especialista, ingresar en estas sociedades, de reducida entrada, al menos entonces, y cuya exigencia científica no es fácilmente asequible. Por lo que refiero se echa de ver que San Ricart dirigía sus esfuerzos a aumentar los miembros españoles, aun a trueque de no recibir siempre aquel mínimo de agradecimiento a que todos los humanos aspiramos.

Era lógico que los progresos de la especialidad difundidos en nuestra patria por hombres como Salaverri, Argüelles, Olivares, López Durán, Oller, Bastos, Sierra, Serrano, López Trigo y tantos otros, que sería interminable enumerar todos esparcidos por España y figurando concretamente en Barcelona-Castells, Roca, Ribá de Sanz, San Ricart, Roviralta, Pell y Ciffí, Vilardell, etc., etc., era natural, pues, que se sintieran la necesidad de aunar tantas energías dispersas y plasmarlas en un conjunto. Y otra vez hallamos la figura de San Ricart contribuyendo con el doctor Riba de Sanz y el que os habla a la fundación de la Sociedad Catalana de Cirugía Ortopédica en el año 1931. Corresponde, pues, a Barcelona la primacía de esta fundación. El eco de sus reuniones y comunicaciones llegaron a todos los ámbitos del país, y a los pocos meses se reunían en Madrid prestigiosas figuras de Ortopedia española para fundar la Sociedad Española de Cirugía Ortopédica y Traumatología, en cuya fundación también hallamos la colaboración de San Ricart, que, poco a poco, ve el resultado de sus afanes y contactos con los medios quirúrgicos internacionales.

En el año 1933 asiste y toma parte activa nuestro biografiado en el Congreso Internacional de Londres, y de regreso, habiendo aumentado el número de miembros españoles, quiere San Ricart que en el próximo Congreso de Roma-Bolonia asista una numerosa representación española... ¿y quién tuviera que profetizarlo? España se estremecía por aquel entonces entre el crimen, como forma de gobierno, y la guerra, como única solución posible para el país... El incendio y el pillaje, el asesinato y la persecución se adueñan de nuestra ciudad y se pierde

para siempre el magnífico Hospital de Niños de Nazareth, como se perdieron tantas otras manifestaciones de la beneficencia privada, y San Ricart, perseguido por la vesanía roja por el solo hecho de proteger en su clínica particular a religiosos y personas de bien, logra después de muchas vicisitudes huir al extranjero y es justamente entonces cuando se forja nuestra amistad; pues contra lo que muchos pudieran pensar, yo no he sido ni discípulo ni ayudante suyo, pero fui algo más que esto, fui un amigo y colaborador, y nuestro compañerismo se forjó en los momentos en que mejor calan los sentimientos cordiales, en el sufrimiento y en la penalidad. Al huir de nuestra querida Barcelona, nos hallamos en el mismo barco alemán, que tan generosamente nos condujo a puerto seguro. San Ricart aprovecha la oportunidad de encontrarse en Italia para presentarse en el Congreso Internacional de Roma-Bolonia del mes de septiembre de aquel triste año de 1936, donde expone verbalmente una interesante ponencia sobre «Fracturas de codo». Allí, con toda la dignidad y valentía que el caso requiere, juega la legítima carta, no escamoteando como otros el riesgo, para quienes se escribió aquello de «que la pelota está aún en el tejado», y manifiesta lealmente la verdad de España en un amanecer todavía brumoso. Y tal hecho bien vale la pena recordarlo cuando al cabo de los años tanto perdón se ha concedido, pero también tanto se ha olvidado.

Semanas más tarde nos encontramos en Viena, donde buenos y viejos amigos nos acogieron en su hospitalidad, y allí trazamos los planes para el futuro próximo, y San Ricart me comunica su decisión de ofrecerse a la Sanidad Militar Nacional, como lógica manera de contribuir personalmente a la causa. Y justo es reconocerlo, su entusiasmo, su entrega, nos contagia y decidimos trabajar los dos juntos, y al correr de los meses se formó y organizó uno de los mejores equipos de recuperación de heridos de guerra, en el Hospital del General Mola, de San Sebastián, dirigido por el ilustre biografiado con la colaboración de los jefes de clínica doctores Bonet Gari y el que os habla.

En estas circunstancias, como decía, se forjó nuestra amistad y allí conocí todo el dinamismo, actividad, sin muestra de fatiga alguna, siempre optimista y satisfecho del trabajo que realizábamos. Y en verdad que no poco fué, pues pasaron por sus manos más de cuatro mil heridos y practicamos centenares de operaciones de la más alta categoría ortopédica, tales como trasplantaciones óseas, reparaciones de manos, artroplastias de rodilla, cinematizaciones funcionales de los muñones de brazo y antebrazo, para la aplicación de prótesis adecuadas, etcétera, etcétera, labor que no sólo fué elogiada por los altos jefes de Sanidad Militar, sino también por el mismo Generalísimo. Durante aquellos años de trabajo, fueron algunos los médicos cirujanos franceses y alemanes que nos visitaron y quedaron admirados de los resultados obtenidos en la recuperación de estos heridos. No le conocí ninguna diversión, en San Sebastián, entregado totalmente al trabajo, salvo las indispensables horas de reposo; San Ricart aprovecha alguno que otro permiso para pasar unos días con Rehn, en Alemania, o Iselin, en Francia, adquiriendo instrumental moderno, a fin que nada faltara a nuestros heridos. Más allá de las fronteras poco se habló de aquella labor, y me refiero en términos generales para todos los equipos nacionales, pues una manera de consigna, algo así como la ley del silencio, se cernía sobre nosotros, y se dió el insólito caso que una vez terminada nuestra guerra y empezada la mundial, en Inglaterra descubrieron que la cura oclusiva de las heridas de guerra, óseas o de partes blandas, se debía a un cirujano español que se puso al servicio de dicho país al abandonar España. Sin restar mérito alguno a dicho compañero, todos los

cirujanos traumatólogos sabemos que la cura oclusiva se debe al cirujano alemán Lohr, corrientemente llamada cura de Ort, conocida antes de nuestra guerra y empleada en España por las Sanidades militares de ambos contendientes. Como he dicho, San Ricart trabajó mucho y publicó bastante, en la revista Cirugía de Guerra, continuando su colaboración militar hasta hace pocos años, quedando excedente del servicio en calidad de comandante médico honorario. En su vida civil, y normalizada la situación mundial, asiste a la primera reunión del Comité de la Sociedad Internacional de C. O. y T., que se celebró en Bruselas en 1946, para poner en marcha los trabajos de la misma. Y es entonces cuando tiene lugar un episodio que merece citarse: al final de las reuniones los delegados de los distintos países se congregan en fraternal ágape, y preside el fondo de la gran mesa las banderas de los países allí representados. San Ricart se da cuenta inmediatamente: la bandera republicana quiere representar a España. Decisión rápida; unas palabras a su buen amigo, el inolvidable profesor de París, Luis Ombredanne, que actúa de presidente, y el incidente queda terminado. En su lugar se emplaza la bandera nacional. El gesto digno y valeroso en aquellos momentos de aislamiento y calumnia, es aplaudido por la mayoría de los compañeros, que reconocen el patriotismo claro y emocionante (como me decía el mismo Ombredanne hace poco) de nuestro apreciado primer presidente.

En el Congreso Internacional del año 1948, celebrado en Amsterdam, presenta San Ricart un interesante trabajo sobre «Secuelas de los traumatismos cerrados de la columna vertebral», que fué muy elogiado, pues contenía muchas y nuevas enseñanzas derivadas de la cirugía de guerra.

Y llegamos al final de nuestra relación cuando en su constante peregrinar por tierras extranjeras, fundar y reorganizar la Asociación de C. O. y T. de Barcelona, colaborar en todas las reuniones de la muy prestigiosa Sociedad Española de C. O. y T., captar el mayor número posible de miembros para la Internacional, se dedica en estos últimos años a preparar el terreno para que tenga lugar en España una de las reuniones internacionales. Prosigue sin descanso, no se desanima, no obstante la oposición más o menos solapada de ciertos elementos antiespañoles, y su petición es finalmente atendida y el Comité Internacional acuerda la celebración del congreso del año 1957 en la ciudad de Barcelona, dando satisfacción bien merecida a San Ricart, que en estos últimos meses se le notaba más joven, más dinámico, no obstante los años que ya empezaban a señalar su declive. Era el último esfuerzo, destacando por encima de todo sus gestiones para la máxima unidad y concordia entre los diversos y muy explicables pareceres de los distintos miembros de estas Sociedades, pues frente a la victoria lograda, propugnaba un fraternal abrazo en el que hubiera cabida para todos, sin tendencias ni matices partidistas.

Es un deber moral nuestro, de todos los miembros de la Asociación de Barcelona, ser fieles cumplidores de la consigna de nuestro querido presidente, y grande será la responsabilidad de todos si nos apartamos de ella o la falseamos.

Por lo súbita, fué realmente inesperada su muerte, y cuando el hombre sonreía a las perspectivas más halagüeñas, Dios, cuyos designios no podemos comprender, pero sí acatar resignadamente, se lo lleva de nosotros, dejando un nostálgico vacío de amistad y franca convivencia entre los especialistas españoles y extranjeros.

HE DICHO.